

Que si esto así no fuera, este camino  
Con tan pobre recámara no hiciera,  
Ni diera en un tan hondo desatino.  
Pues si alguna promesa se cumpliera  
De aquellas muchas, que al partir me hicieron,  
Lléveme Dios si entrara en tu galera.  
Mucho esperé, si mucho prometieron,  
Mas podrá ser que ocupaciones nuevas  
Les obligue á olvidar lo que dijeron.  
Muchos, señor, en la galera llevas,  
Que te podrán sacar el pié del lodo,  
Parte, y excusa de hacer mas pruebas.  
—Ninguno, dijo, me hable dese modo,  
Que si me desembarco y los embisto,  
Voto á Dios, que me traiga al Conde, y todo.  
Con estos dos famosos me enemisto,  
Que habiendo levantado á la poesía  
Al buen punto en que está, como se ha visto,  
Quieren con perezosa tiranía  
Alzarse, como dicen, á su mano  
Con la ciencia que á ser divinos guía.  
Por el solio de Apolo soberano  
Juro... y no digo mas; y ardiendo en ira  
Se echó á las barbas una y otra mano.  
Y prosiguió diciendo: El Doror Mira,  
Apostaré, si no lo manda el Conde,  
Que tambien en sus puntos se retira.  
Señor galán, parezca: ¿á qué se esconde?  
Pues á fe por llevarte, si él no gusta,  
Que ni le busque, aseche, ni le ronde.  
¿Es esta empresa acaso tan injusta,  
Que se esquiven de hallar en ella cuantos  
Tienen conciencia limitada y justa?  
¿Carece el cielo de poetas santos?  
¿Puesto que brote á cada paso el suelo  
Poetas, que lo son tantos y tantos?  
¿No se oyen sacros himnos en el cielo?  
¿La arpa de David allá no suena,  
Causando nuevo accidental consuelo?  
Fuera melindres, y cese la entena,  
Que llegue al tope;—y luego obedeciendo  
Fué de la chusma sobre buenas buena.  
Poco tiempo pasó, cuando un ruido  
Se oyó, que los oídos atronaba,  
Y era de perros áspero ladrido.  
Mercurio se turbó, la gente estaba  
Suspensa al triste son, y en cada pecho  
El corazón mas válido temblaba.  
En esto descubrióse el corto estrecho  
Que Escila y que Caribdis espantosas  
Tan temeroso con su furia han hecho.  
—Estas olas que veis presuntuosas  
En visitar las nubes de continuo,  
Y aun de tocar el cielo codiciosas,  
Venciólas el prudente peregrino  
Amante de Calipso, al tiempo cuando  
Hizo, dijo Mercurio, este camino.  
Su prudencia nosotros imitando,  
Echarémos al mar en que se ocupen,  
En tanto que el bajel pasa volando.  
Que en tanto que ellas tasquen, roan, chupen,  
Al misero que al mar ha de entregarse,  
Seguro estoy que el paso desocupen.  
Miren si puede en la galera hallarse  
Algun poeta desdichado acaso.  
Que á las fieras gargantas pueda darse.—  
Buscáronle, y halláron á Lofraso,  
Poeta militar, sardo, que estaba  
Desmayado á un rincón marchito y laso:  
Que á sus diez libros de Fortuna andaba  
Añadiendo otros diez, y el tiempo escoge,  
Que mas desocupado se mostraba.  
Gritó la chusma toda:—Al mar se arroje  
Vaya Lofraso al mar sin resistencia.  
—Por Dios, dijo Mercurio, que me enoje.  
¿Cómo? ¿y no será cargo de conciencia,  
Y grande, echar al mar tanta poesía,  
Puesto que aquí nos hunda su inclemencia?  
Viva Lofraso, en tanto que dé al día  
Apolo luz, y en tanto que los hombres  
Tengan discreta alegre fantasía.  
Tocante á ti, ó Lofraso, los ronombres,

Y epítetos de agudo y de sincero,  
Y gusto que mi cómitre te nombres.—  
Esto dijo Mercurio al caballero,  
El cual en la cruja en pié se puso  
Con un rebenque despiadado y fiero.  
Creo que de sus versos le compuso,  
Y no sé cómo fué, que en un momento  
(O ya el cielo, ó Lofraso lo dispuso)  
Salimos del estrecho á salvamento,  
Sin arrojar al mar poeta alguno:  
Tanto del sardo fué el merecimiento.  
Mas luego otro peligro, otro importuno  
Temor amenazó, si no gritara  
Mercurio, cual jamas gritó ninguno,  
Diciendo al timonero:—A orza, para,  
Amáñese de golpe;—y todo á un punto  
Se hizo, y el peligro se repara.  
Estos montes que veis que están tan juntos,  
Son los que Acroceraunos son llamados,  
De infame nombre, como yo barrunto.  
Asieron de los remos los honrados,  
Los tiernos, los melifluos, los godescos,  
Y los de á cantimplora acostumbrados.  
Los frios los asieron y los frescos,  
Asiéronlos tambien los calurosos,  
Y los de calzas largas y gregüescos.  
Del sopraestante daño temerosos,  
Todos á una la galera empujan,  
Con flacos y con brazos poderosos.  
Debajo del bajel se somurnujan  
Las sirenas que dél no se apartaron,  
Y á sí mismas en fuerzas sobrepujan.  
Y en un pequeño espacio la llevaron  
A vista de Corfú, y á mano diestra  
La isla inexpugnable se dejaron.  
Y dando la galera á la siniestra  
Discurria de Grecia las riberas,  
Adonde el cielo su hermosura muestra.  
Mostrábase las olas lisonjeras,  
Impeliendo el bajel suavemente.  
Como burlando con alegres véras.  
Y luego al parecer por el oriente  
Rayando el rubio sol nuestro horizonte  
Con rayas rojas, hebras de su frente,  
Gritó un grumete y dijo: El monte, el monte,  
El monte se descubre, donde tiene  
Su buen rocin el gran Belorofonte.  
Por el monte se arroja, y á pié viene  
Apolo á recibirnos.—Yo lo creo.  
Dijo Lofraso, ya llega á la Hipocrene.  
Yo desde aquí columbro, miro y veo  
Que se andan solazando entre unas matas  
Las musas con dulcísimo recreo.  
Unas antiguas son, otras novatas,  
Y todas con ligero paso y tarde  
Andan las cinco en pié, las cuatro á gatas.  
—Si tú tal vez, dijo Mercurio, ó sardo  
Poeta, que me corten las orejas,  
O me tengan los hombros por bastardo.  
Dime, ¿por qué algún tanto no te alejas  
De la ignorancia, pobretón, y adviertes  
Lo que cantan tus rimas en tus quejas?  
¿Por qué con tus mentiras nos diviertes  
De recibir á Apolo cual se debe,  
Por haber mejorado vuestras suertes?—  
En esto mucho mas que el viento leve  
Bajó el lucido Apolo á la marina,  
A pié, porque en su carro no se atreve.  
Quitó los rayos de la faz divina,  
Mostróse en calzas y en jubón vistoso,  
Porque dar gusto á todos determina.  
Seguiale detras un numeroso  
Escuadron de doncellas bailadoras,  
Aunque pequeñas, de ademan brioso.  
Supe poco despues, que estas señoras,  
Sanas las mas, las ménos mal paradas,  
Las del tiempo y del sol eran las Horas.  
Las medio rotas eran las menguadas,  
Las sanas las felices, y con esto  
Eran todas en todo apresuradas.  
Apolo luego con alegre gesto  
Abrazó á los soldados, que esperaba

Para la alta ocasion que se ha propuesto.  
Y no de un mismo modo acariciaba  
A todos, porque alguna diferencia  
Hacia con los que él mas se alegraba.  
Que á los de señoría y excelencia  
Nuevos abrazos dió, razones dijo,  
En que guardó decoro y preeminencia.  
Entre ellos abrazó á DON JUAN DE ARGUJO,  
Que no sé en qué, ó cómo, ó cuándo hizo  
Tan áspero viaje y tan prolijo.  
Con él á su deseo satisfizo  
Apolo y confirmó su pensamiento,  
Mandó, vedó, quitó, hizo y deshizo.  
Hecho pues el sin par recibimiento,  
Do se halló DON LUIS DE BARAHONA,  
Llevado allí por su merecimiento,  
Del siempre verde lauro una corona  
Le ofrece Apolo en su intencion, y un vaso  
Del agua de Castalia y de Helicon.  
Y luego vuelve el majestoso paso,  
Y el escuadron pensado y de repente  
Le sigue por las faldas del Parnaso.  
Llegóse en fin á la Castalia fuente,  
Y en viéndola, infinitos se arrojaron  
Sedientos al cristal de su corriente.  
Unos no solamente se hartaron,  
Sino que piés y manos, y otras cosas  
Algo mas indecentes se lavaron.  
Otros mas advertidos, las sabrosas  
Aguas gustaron poco á poco, dando  
Espacio al gusto, á pausas melindrosas.  
El brindez y el carao se puso en bando,  
Porque los mas de bruces, y no á sorbos,  
El suave licor fueran gustando.  
De ambas manos hacian vasos corvos  
Otros, y algunos de la boca al agua  
Temian de hallar cien mil estorbos.  
Poco á poco la fuente se desagua,  
Y pasa en los estómagos bebientes,  
Y aun no se apaga de su sed la fragua.  
Mas dijoles Apolo:—Otras dos fuentes  
Aun quedan, Aganipe é Hipocrene,  
Ambas sabrosas, ambas excelentes;  
Cada cual de licor dulce y perene,  
Todas de calidad aumentativa  
Del alto ingenio que á gustarlas viene.—  
Beben, y suben por el monte arriba,  
Por entre palmas, y entre cedros altos,  
Y entre árboles pacíficos de oliva.  
De gusto llenos y de angustia faltos,  
Siguiendo á Apolo el escuadron camina,  
Unos á pedicój, otros á saltos.  
Al pié sentado de una antigua encina  
Vi á ALONSO DE LEDESMA, componiendo  
Una cancion angelica y divina.  
Concile, y á él me fui corriendo  
Con los brazos abiertos como amigo,  
Pero no se movió con el estruendo.  
—¿No ves, me dijo Apolo, que consigo  
No está LEDESMA ahora? No ves claro  
Que está fuera de sí, y está conmigo?—  
A la sombra de un mirto, al verde amparo  
JERÓNIMO DE CASTRO se estaba.  
Varon de ingenio peregrino y raro.  
Un motete imagino que cantaba  
Con voz suave; yo quedé admirado  
De verle allí, porque en Madrid quedaba  
Apolo me entendió, y dijo:—Un soldado  
Como este no era bien que se quedara  
Entre el ocio y el sueño sepultado.  
Yo le truje, y sé cómo; que á mi rara  
Potencia no la impide otra ninguna,  
Ni inconveniente alguno la repara.—  
En esto se llegaba la oportuna  
Hora á mi parecer de dar sustento  
Al estómago pobre, y mas si ayuna;  
Pero no le pasó por pensamiento  
A Delio, que el ejército conduce,  
Satisfacer al misero hambriento.  
Primero á un jardín rico nos reduce,  
Donde el poder de la naturaleza,  
Y el de la industria mas campea y luce.

Tuvieron los Hespérides belleza  
Menor, no le igualaron los Pensiles  
En sitio, en hermosura y en grandeza.  
En su comparacion se muestran viles  
Los de Alcino, en cuyas alabanzas  
Se han ocupado ingenios bien sotiles:  
No sujeto del tiempo á las mudanzas,  
Que todo el año primavera ofrece  
Frutos en posesion, no en esperanzas.  
Naturaleza y arte allí parece  
Andar en competencia, y está en duda  
Cuál vence de las dos, cuál mas merece.  
Muéstrase balbuciente y casi muda,  
Si le alaba la lengua mas experta,  
De adulacion y de mentir desnuda.  
Junto con ser jardín, era una huerta,  
Un soto, un bosque, un prado, un valle ameno,  
Que en todos estos titulos concierta,  
De tanta gracia y hermosura lleno,  
Que una parte del cielo parecia  
El todo del bellísimo terreno.  
Alto en el sitio alegre Apolo hacia,  
Y allí mandó que todos se sentasen  
A tres horas despues de mediodía.  
Y porque los asientos señalasen  
El ingenio y valor de cada uno,  
Y unos con otros no se embarazasen,  
A despecho y pesar del importuno  
Ambicioso deseo, les dió asiento  
En el sitio y lugar mas oportuno.  
Llegaban los laures casi á ciento,  
A cuya sombra y troncos se sentaron  
Algunos de aquel número contento.  
Otros los de las palmas ocuparon,  
De los mirtos y hiedras, y los robles  
Tambien varios poetas albergaron.  
Puesto que humildes, eran de los nobles  
Los asientos cual troncos levantados,  
Porque tú, ó envidia, aquí tu rabia dobles.  
En fin, primero fuéron ocupados  
Los troncos de aquel ancho circuito,  
Para honrar á poetas dedicados,  
Antes que yo, en el número infinito,  
Hallase asiento: y así en pié quedé  
Despechado, colérico y marchito.  
Dije entre mí: ¿Es posible que se extreme  
En perseguirme la fortuna airada,  
Que ofende á muchos y á ninguno teme?  
Y volviéndome á Apolo, con turbada  
Lengua le dije lo que oírá el que gusta  
Saber, pues la tercera es acabada,  
La cuarta parte desta empresa justa.

## CAPITULO IV.

Suele la indignacion componer versos;  
Pero si el indignado es algun tonto,  
Ellos tendrán su todo de perversos.  
De mí yo no sé mas, sino que pronto  
Me hallé para decir en tercia rima  
Lo que no dijo el desterrado al Ponto.  
Y así le dije á Delio:—No se estima,  
Señor, del vulgo vano el que te sigue  
Y al árbol sacro del laurel se arrima.  
La envidia y la ignorancia le persigue,  
Y así envidiado siempre y perseguido,  
El bien que espera por jamas consigue.  
De verte allí, porque en Madrid quedaba  
Apolo me entendió, y dijo:—Un soldado  
Como este no era bien que se quedara  
Entre el ocio y el sueño sepultado.  
Yo le truje, y sé cómo; que á mi rara  
Potencia no la impide otra ninguna,  
Ni inconveniente alguno la repara.—  
En esto se llegaba la oportuna  
Hora á mi parecer de dar sustento  
Al estómago pobre, y mas si ayuna;  
Pero no le pasó por pensamiento  
A Delio, que el ejército conduce,  
Satisfacer al misero hambriento.  
Primero á un jardín rico nos reduce,  
Donde el poder de la naturaleza,  
Y el de la industria mas campea y luce.

A muchos, y al que falta en esta parte,  
Es fuerza que su fama falta quede.  
Desde mis tiernos años amé el arte  
Dulce de la agradable poesía,  
Y en ella procuré siempre agradarte.  
Nunca voló la pluma humilde mía  
Por la region satírica, bajeza  
Que á infames premios y desgracias guía.  
Yo el soneto compuse que así empieza,  
Por honra principal de mis escritos:  
*Voto á Dios, que me espanta esta grandeza.*  
Yo he compuesto *Romances* infinitos,  
Y el de los *Celos* es aquel que estimo,  
Entre otros que los tengo por malditos.  
Por esto me congojo y me lastimo  
De verme solo en pie, sin que se aplique  
Arbol que me conceda algún arrimo.  
Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique  
Para dar á la estampa al gran *Persiles*,  
Con que mi nombre y obras multiplique.  
Yo en pensamientos castos y sotiles,  
Dispuestos en soneto de á docena,  
He honrado tres sujetos fregoniles.  
Tambien al par de *Filís mi Filena*  
Resonó por las selvas, que escucharon  
Mas de una y otra alegre cautilena.  
Y en dulces varias rimas se llevaron  
Mis esperanzas los lijeros vientos,  
Que en ellos y en la arena se sembraron.  
Tuve, tengo y tendré los pensamientos,  
Merced al cielo que á tal bien me inclina,  
De toda adulacion libres y exentos.  
Nunca pongo los piés por do camina  
La mentira, la fraude y el engaño,  
De la santa virtud total ruina.  
Con mi corta fortuna no me ensaño,  
Aunque por verme en pie, como me veo,  
Y en tal lugar, pondero así mi daño.  
Con poco me contento, aunque deseo  
Mucho.—A cuyas razones enojadas,  
Con estas blandas respondió Timbreo:  
—Vienen las malas suertes atrasadas,  
Y toman tan de lejos la corriente,  
Que son temidas, pero no excusadas.  
El bien les viene á algunos de repente,  
A otros poco á poco y sin pensallo,  
Y el mal no guarda estilo diferente.  
El bien que está adquirido, conservallo  
Con maña, diligencia y con cordura,  
Es no menor virtud que el granjeallo.  
Tú mismo te has forjado tu ventura,  
Y yo te he visto alguna vez con ella,  
Pero en el imprudente poco dura.  
Mas si quieres salir de tu querella,  
Alegre, y no confuso, y consolado,  
Dobla tu capa, y siéntate sobre ella.  
Que tal vez suele un venturoso estado,  
Cuando le niega sin razon la suerte,  
Honrar mas merecido, que alcanzado.  
—Bien parece, señor, que no se advierte,  
Le respondí, que yo no tengo capa.—  
El dijo:—Aunque sea así, gusto de verte.  
La virtud es un manto con que tapa  
Y cubre su indecencia la estrechez,  
Que exenta y libre de la envidia escapa.—  
Incliné al gran consejo la cabeza,  
Quedéme en pie; que no hay asiento bueno,  
Si el favor no le labra, ó la riqueza.  
Alguno murmuró, viéndome ajeno  
Del honor que pensó se me debía,  
Del planeta de luz y virtud lleno.  
En esto pareció que cobró el día  
Un nuevo resplandor, y el aire oyóse  
Herir de una dulcísima armonía.  
Y en esto por un lado descubrióse  
Del sitio un escuadron de ninfas bellas,  
Con que infinito el rubio dios holgóse.  
Veia en fin, y por remate dellas  
Una resplandeciendo, como hace  
El sol ante la luz de las estrellas.  
La mayor hermosa se deshace  
Ante ella, y ella sola resplandece

Sobre todas, y alegre y satisface.  
Bien así semejaba, cual se ofrece  
Entre líquidas perlas y entre rosas  
La aurora que despunta y amanece.  
La rica vestidura, las preciosas  
Joyas que la adornaban, competian  
Con las que suelen ser maravillosas.  
Las ninfas que al querer suyo asistian,  
En el gallardo brio y bello aspecto,  
Las artes liberales parecian.  
Todas con amoroso y tierno afecto,  
Con las ciencias mas claras y escogidas,  
Le guardaban santísimo respeto.  
Mostraban que en servirla eran servidas,  
Y que por su ocasion de todas gentes  
En mas veneracion eran tenidas.  
Su influjo y su reflujo las corrientes  
Del mar y su profundo le mostraban,  
Y el ser padre de rios y de fuentes.  
Las yerbas su virtud la presentaban,  
Los árboles sus frutos y sus flores,  
Las piedras el valor que en si encerraban.  
El santo amor, castisimos amores,  
La dulce paz, su quietud sabrosa,  
La guerra amarga todos sus rigores.  
Mostrábasele clara la espaciosa  
Via, por donde el sol hace continuo  
Su natural carrera y la forzosa.  
La inclinacion, ó fuerza del destino,  
Y de qué estrellas consta y se compone,  
Y cómo influye este planeta ó sino,  
Todo lo sabe, todo lo dispone  
La santa hermosísima doncella,  
Que admiracion como alegría pone.  
Preguntéle al parlero, si en la bella  
Ninfa alguna deidad se disfrazaba,  
Que fuese justo el adorar en ella.  
Porque en el rico adorno que mostraba,  
Y en el gallardo sér que descubria,  
Del cielo y no del suelo semejaba.  
—Descubres, respondió, tu soberbia,  
Que há que la tratas infinitos años,  
Y no conoces que es la Poésia.  
—Siempre la he visto envuelta en pobres paños,  
Le repliqué; jamas la vi compuesta  
Con adornos tan ricos y tamaños:  
Parece que la he visto descompuesta,  
Vestida de color de primavera  
En los dias de cutio y los de fiesta.  
—Esta, que es la Poésia verdadera,  
La grave, la discreta, la elegante,  
Dijo Mercurio, la alta y la sincera,  
Siempre con vestidura rozagante  
Se muestra en cualquier acto que se halla,  
Cuando á su profesion es importante.  
Nunca se inclina, ó sirve á la canalla  
Trovadora, maligna y trafalmeja,  
Que en lo que mas ignora, ménos calla.  
Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,  
Amiga de sonaja y morteruelo,  
Que ni tabanco, ni taberna deja.  
No se alza dos, ni aun un coto del suelo,  
Grande amiga de bodas y bautismos,  
Larga de manos, corta de cerbelo.  
Tómanla por momentos parasismos,  
No acierta á pronunciar, y si pronuncia,  
Absurdos hace, y forma solecismos.  
Baco donde ella está, su gusto anuncia,  
Y ella derrama en coplas el poleo,  
Compa, y vereda, y el mastranzo, y juncia.  
Pero aquesta que ves, es el aseó,  
La gala de los cielos y la tierra,  
Con quien tienen las musas su bureo;  
Ella abre los secretos y los cierra,  
Toca y apunta de cualquiera ciencia  
La superficie y lo mejor que encierra.  
Mira con mas ahinco su presencia,  
Verás cifrada en ella la abundancia  
De lo que en bueno tiene la excelencia.  
Moran con ella en una misma estancia  
La divina y moral filosofía,  
El estilo mas puro y la elegancia.

Puede pintar en la mitad del día  
La noche, y en la noche mas oscura  
El alba bella que las perlas cria.  
El curso de los rios apresura,  
Y le detiene; el pecho á furia incita,  
Y le reduce luego á mas blandura.  
Por mitad del rigor se precipita  
De las lucientes armas contrapuestas,  
Y da victorias, y victorias quita.  
Verás cómo le prestan las florestas  
Sus sombras, y sus cantos los pastores,  
El mal sus lutos y el placer sus fiestas,  
Perlas el Sur, Sabea sus olores,  
El oro Tiber, Híbla su dulzura,  
Galas Milan, y Lusitania amores.  
En fin, ella es la cifra, do se apura  
Lo provechoso, honesto y deleitable,  
Partes con quien se aumenta la ventura.  
Es de ingenio tan vivo y admirable,  
Que á veces toca en punto que suspenden,  
Por tener no sé qué de inexcusable.  
Alábase los buenos, y se ofenden  
Los malos con su voz, y destos tales  
Unos la adoran, otros no la entienden.  
En fin, ella es la cifra, do se apura  
Lo provechoso, honesto y deleitable,  
Partes con quien se aumenta la ventura.  
Es de ingenio tan vivo y admirable,  
Que á veces toca en punto que suspenden,  
Por tener no sé qué de inexcusable.  
Alábase los buenos, y se ofenden  
Los malos con su voz, y destos tales  
Unos la adoran, otros no la entienden.  
Son sus obras heroicas inmortales,  
Las líricas siáves, de manera  
Que vuelven en divinas las mortales.  
Si alguna vez se muestra lisonjera,  
Es con tanta elegancia y artificio,  
Que no castigo, sino premio espera.  
Gloria de la virtud, pena del vicio  
Son sus acciones, dando al mundo en ellas  
De su alto ingenio y su bondad indicio.—  
En esto estaba, cuando por las bellas  
Ventanas de jazmines y de rosas,  
Que amor estaba á lo que entiendo en ellas,  
Divisé seis personas religiosas,  
Al parecer de honroso y grave aspeto,  
De luengas togas, limpias y pomposas.  
Preguntéle á Mercurio:—¿Por qué efeto  
Aquellos no parecen y se encubren,  
Y muestran ser personas de respeto?—  
A lo que él respondió:—No se descubren  
Por guardar el decoro al alto estado  
Que tienen, y así el rostro todos cubren.  
—¿Quién son, le repliqué, si es que te es dado  
Decirlo?—Respondióme:—No por cierto,  
Porque Apolo lo tiene así mandado.  
—¿No son poetas?—Sí.—Pues yo no acierto  
A pensar por qué causa se desprecian  
De salir con su ingenio á campo abierto.  
¿Para qué se embobecen y se anecian,  
Escondiendo el talento que da el cielo  
A los que mas de ser suyos se precian?  
Aqui del rey: ¿qué es esto? ¿qué recelo,  
O celo les impide á no mostrarse  
Sin miedo ante la turba vil del suelo?  
¿Puede ninguna ciencia compararse  
Con esta universal de la poesía,  
Que límites no tiene do encerrarse?  
Pues siendo esto verdad, saber querría  
Entre los de la carda, ¿cómo se usa  
Este miedo, ó melindre, ó hipocresía?  
Hace monseñor versos, y rehusa  
Que no se sepan, y él los comunica  
Con muchos, y á la lengua ajena acusa.  
Y mas que siendo buenos, multiplica  
La fama su valor, y al dueño canta  
Con voz de gloria y de alabanza rica.  
¿Qué mucho pues, si no se le levanta  
Testimonio á un pontífice poeta,  
Que digan que lo es? por Dios que espanta.  
Por vida de Lanfusa la discreta,  
Que si no se me dice quién son estos  
Togados de bonete y de muceta?  
Que con trazas y modos descompuestos  
Tengo de reducir á behetria  
Estos tan sosegados y compuestos.  
—Por Dios, dijo Mercurio, y á fe mía,  
Que no puedo decirlo, y si lo digo,  
Tengo de dar la culpa á tu porfia.  
—Dilo, señor, que desde aquí me obligo

De no decir que tú me lo dijiste,  
Le dije, por la fe de buen amigo.—  
El dijo:—No nos cayan en el chiste,  
Llégate á mí, diréte al oído,  
Pero creo que hay mas de los que viste.  
Aquel que has visto allí del cuello erguido,  
Lozano, rozagante y de buen talle,  
De honestidad y de valer vestido,  
Es el Doctor FRANCISCO SANCHEZ: dalle  
Puede cual debe Apolo la alabanza,  
Que pueda sobre el cielo levantalle.  
Y aun mas su famoso ingenio alcanza,  
Pues en las verdes hojas de sus dias  
Nos da de santos frutos esperanza.  
Aquel que en elevadas fantasias,  
Y en éxtasis sabrosos se regala,  
Y tanto imita las acciones mias,  
Es el MAESTRO ORENSE, que la gala  
Se lleva de la mas rara elocuencia  
Que en las aulas de Atenas se señala.  
Su natural ingenio con la ciencia  
Y ciencias aprendidas le levanta  
Al grado que le nombra la excelencia.  
Aquel de amarillez marchita y santa,  
Que le encubre de lauro aquella rama,  
Y aquella hojosa y acopada planta,  
FRAY JUAN BAPTISTA CAPATAZ se llama,  
Descalzo y pobre, pero bien vestido  
Con el adorno que le da la fama.  
Aquel que del rigor fiero de olvido  
Libra su nombre con eterno gozo,  
Y es de Apolo y las musas bien querido,  
Anciano en el ingenio, y nunca mozo,  
Humanista divino, es segun pienso,  
El insigne Doctor ANDRES DEL POZO.  
Un licenciado de un ingenio inmenso  
Es aquel, y aunque en traje mercenario,  
Como á señor le dan las musas censo:  
RAMON se llama, auxilio necesario  
Con que Delio se esfuerza y ve rendidas  
Las obstinadas fuerzas del contrario.  
El otro, cuyas sienas ves ceñidas  
Con los brazos de Dafne en triunfo honroso,  
Sus glorias tiene en Alealá esculpidas.  
En su ilustre teatro vitorioso  
Le nombra el cisne en canto no funesto,  
Siempre el primero como á mas famoso.  
A los donaires suyos echó el resto  
Con propiedades al gorrón debidas,  
Por haberlos compuesto ó descompuesto.  
Aquestas seis personas referidas,  
Como están en divinos puestos puestas,  
Y en sacra religion constituidas,  
Tienen las alabanzas por molestas,  
Que les dan por poetas, y holgarian  
Llevar la loa sin el nombre á cuestras.  
—¿Por qué, le pregunté, señor, porfian  
Los tales á escribir y dar noticia  
De los versos que paren y que crían?  
Tambien tiene el ingenio su codicia,  
Y nunca la alabanza se desprecia;  
Que al bueno se le debe de justicia.  
Aquel que de poeta no se precia,  
¿Para qué escribe versos, y los dice?  
¿Por qué desdeña lo que mas aprecia?  
Jamás me contenté, ni satisface  
De hipócritas melindres. Llanamente  
Quise alabanzas de lo que bien hice.  
—Con todo quiere Apolo, que esta gente  
Religiosa se tenga aquí secreta,  
Dijo el dios que presume de elocuente.  
Oyóse en esto el son de una corneta,  
Y un trapa, trapa, aparta, afuera, afuera,  
Que viene un gallardísimo poeta.  
Volvi la vista y vi por la ladera  
Del monte un postillon y un caballero  
Correr, como se dice, á la lijera.  
Servia el postillon de pregonero,  
Mucho mas que de guía, á cuyas voces  
En pié se puso el escuadron entero.  
Preguntóme Mercurio:—¿No conoces  
Quién es este gallardo, este brioso?

Imagino que ya le reconoces.  
— Bien, yo le respondí; que es el famoso  
Gran DON SANCHO DE LEIVA, cuya espada  
Y pluma harán á Delfo venturoso.  
Venceráse sin duda esta jornada  
Con tal socorro; — y en el mismo instante,  
Cosa que parecía imaginada,  
Otro favor no ménos importante  
Para el caso temido se nos muestra;  
De ingenio y fuerzas, y valor bastante.  
Una tropa gentil por la siniestra  
Parte del monte descubrióse: ¡oh cielos,  
Que dais de vuestra providencia muestra!  
Aquel discreto JUAN DE BASCONCELOS  
Venía delante en un caballo bayo,  
Dando á las musas lusitanas celos.  
Tras él el CAPITAN PEDRO TAMAYO  
Venía, y aunque enfermo de la gota,  
Fué al enemigo asombro, fué desmayo.  
Que por él se vió en fuga, y puesto en rota;  
Que en los dudosos trances de la guerra  
Su ingenio admira y su valor se nota.  
También llegaron á la rica tierra,  
Puestos debajo de una blanca seña,  
Por la parte derecha de la sierra,  
Otros, de quien tomó luego reseña  
Apolo; y era dellos el primero  
El jóven DON FERNANDO DE LODEÑA.  
Poeta primerizo, insigne, empero  
En cuyo ingenio Apolo deposita  
Sus glorias para el tiempo venidero.  
Con majestad real, con inaudita  
Pompa llegó, y al pié del monte para  
Quien los bienes del monte solicita:  
El LICENCIADO fué JUAN DE VARGAS  
El que llegó, con quien la turba ilustre,  
En sus vecinos medios se repara.  
De Esculapio y de Apolo gloria ilustre,  
Si no, dígalo el santo bien partido,  
Y su fama la misma envidia ilustre.  
Con él fué con aplauso recibido  
El docto JUAN ANTONIO DE HERRERA,  
Que puso en fil el desigual partido.  
¡Oh, quién con lengua en nada lisonjera,  
Sino con puro afecto en grande exceso,  
Dos que llegaron alabar pudiera!  
Pero no es de mis hombros este peso.  
Fuéron los que llegaron los famosos,  
Los dos maestros CALVO Y VALDIVIESO.  
Luego se descubrió por los undosos  
Llanos del mar una pequeña barca  
Impelida de remos presurosos:  
Llegó, y al punto della desembarca  
El gran DON JUAN DE ARGOTE Y DE GAMBOA  
En compañía de DON DIEGO AERCA,  
Sugetos dinos de incesable loa;  
Y DON DIEGO JIMENEZ Y DE ENCISO  
Dió un salto á tierra desde la alta proa.  
En estos tres la gala y el aviso  
Cifró cuanto de gusto en si contienen,  
Como su ingenio y obras dan aviso.  
Con JUAN LOPEZ DEL VALLE otros dos vienen  
Juntos allí, y es PAMONES el uno,  
Con quien las musas ojeriza tienen,  
Porque pone sus piés por do ninguno  
Los puso, y con sus nuevas fantasías  
Mucho mas que agradable es importuno.  
De lejas tierras por incultas vías  
Llegó el bravo irlandés DON JUAN BATEO,  
Jerjes nuevo en memoria en nuestros días.  
Vuelvo la vista, á MANTUANO veo,  
Que tiene al gran Velasco por Mecénas,  
Y ha sido acertadísimo su empleo.  
Dejarán estos dos en las ajenas  
Tierras, como en las propias, dilatados  
Sus nombres, que tú, Apolo, así lo ordenas.  
Por entre dos fructíferos collados  
(¿Habrá quien esto crea, aunque lo entienda?)  
De palmas y laureles coronados,  
El grave aspecto del ABAD MALUENDA  
Pareció, dando al monte luz y gloria,  
Y esperanzas de triunfo en la contienda.

¿Pero de qué enemigos la victoria  
No alcanzará un ingenio tan florido,  
Y una bondad tan digna de memoria?  
DON ANTONIO GENTIL DE VARGAS, pido  
Espacio para verte, que llegaste  
De gala y arte y de valor vestido:  
Y aunque de patria jinoves, mostraste  
Ser en las musas castellanas doto,  
Tanto que al escuadrón todo admiraste.  
Desde el indio apartado del remoto  
Mundo llegó mi amigo MONTESDOCA,  
Y el que anudó de Arauco el nudo roto.  
Dijo Apolo á los dos: — A entrambos toca  
Defender esta vuestra rica estancia  
De la canalla de vergüenza poca.  
La cual de error armada y de arrogancia  
Quiere canonizar y dar renombre  
Inmortal y divino á la ignorancia;  
Que tanto puede la alicion que un hombre  
Tiene á sí mismo, que ignorante siendo,  
De buen poeta quiere alcanzar nombre.—  
En esto otro milagro, otro estupendo  
Prodigio se descubre en la marina,  
Que en pocos versos declarar pretendo.  
Una nave á la tierra tan vecina  
Llegó, que desde el sitio donde estaba,  
Se ve cuanto hay en ella y determina.  
De mas de cuatro mil salmas pasaba,  
Que otros suelen llamarlas toneladas,  
Ancha de vientre y de estatura brava:  
Así como las naves que cargadas  
Llegan de la oriental India á Lisboa,  
Que son por las mayores estimadas;  
Esta llegó desde la popa á proa  
Cubierta de poetas, mercancia  
De quien hay saca en Calicut y en Goa.  
Tomóle al rojo dios alferencia  
Por ver la muchedumbre impertinente,  
Que en socorro del monte le venía.  
Y en silencio rogó devotamente  
Que el vaso naufragase en un momento  
Al que gobierna el húmido tridente.  
Uno de los del número hambriento  
Se puso en esto al borde de la nave,  
Al parecer mohino y mal contento;  
Y en voz que ni de tierna ni süave  
Tenía un solo adarme, gritando  
(Dijo tal vez colérico, y tal grave)  
Lo que impaciente estuve yo escuchando,  
Porque vi sus razones ser saetas,  
Que iban mi alma y corazón clavando.  
— O tú, dijo, traidor, que los poetas  
Canonizaste de la larga lista,  
Por causas y por vías indirectas:  
¿Dónde tenías, Magances, la vista  
Aguda de tu ingenio, que así ciego  
Fuiste tan mentiroso coronista?  
Yo te confieso, ó barbaro, y no niego  
Que algunos de los muchos que escogiste  
Sin que el respeto te forzase ó el ruego,  
En el debido punto los pusiste;  
Pero con los demas sin duda alguna  
Pródigo de alabanzas anduviste.  
Has alzado á los cielos la fortuna,  
De muchos que en el centro del olvido  
Sin ver la luz del sol ni de la luna,  
Yacían: ni llamado, ni escogido  
Fué el gran pastor de Iberia, el gran BERNARDO  
Que de LA VEGA tiene el apellido.  
Fuiste envidioso, descuidado y tardo,  
Y á las ninfas de Henáres y pastores  
Como á enemigo les tiraste un dardo.  
Y tienes tú poetas tan peores  
Que estos en tu rebaño, que imagino  
Que han de sudar si quieren ser mejores.  
Que si este agravio no me turba el tino,  
Siete trovistas desde aquí diviso,  
A quien suelen llamar de torbellino,  
Con quien la gala, discrecion y aviso  
Tienen poco que ver, y tú los pones  
Dos leguas mas allá del paraíso.  
Estas quimeras, estas invenciones

Tuyas, te han de salir al rostro un día,  
Si mas no te medidas y compones.—  
Esta amenaza y gran descortesía  
Mi blando corazón llenó de miedo  
Y dió al traves con la paciencia mia.  
Y volviéndome á Apolo con denuedo  
Mayor del que esperaba de mis años,  
Con voz turbada y con semblante acedo,  
Le dije: — Con bien claros desengaños  
Descubro, que el servirte me granjea  
Presentes miedos de futuros daños.  
Haz, ó señor, que en público se lea  
La lista que Cilenio llevó á España,  
Porque mi culpa poca aquí se vea.  
Si tu deidad en escoger se engaña,  
Y yo solo aprobé lo que él me dijo,  
¿Por qué este simple contra mí se ensaña?  
Con justa causa y con razon me alicio,  
De ver cómo estos bárbaros se inclinan  
A tenerme en temor duro y prolijo.  
Unos, porque los poetas, me abominan,  
Otros, porque he dejado de ponellos,  
De darme pesadumbre determinan.  
Yo no sé cómo me avendré con ellos:  
Los puestos se lamentan, los no puestos  
Gritan, yo tiemblo destos y de aquellos.  
Tú, señor, que eres dios, dales los puestos  
Que piden sus ingenios: llama y nombra  
Los que fueren mas hábiles y prestos.  
Y porque el turbio miedo que me asombra,  
No me acabe, acabada esta contienda,  
Cúbreme con tu manto y con tu sombra.  
O ponme una señal por do se entienda  
Que soy hechura tuya y de tu casa:  
Y así no habrá ninguno que me ofenda.  
— Vuelve la vista y mira lo que pasa,—  
Fué de Apolo enojado la respuesta,  
Que ardiendo en ira el corazón le abrasa.  
Volvíla, y vi la mas alegre fiesta,  
Y la mas desdichada y compasiva,  
Que el mundo vió, ni aun la verá cual esta.  
Mas no se espere que yo aquí la escriba,  
Sino en la parte quinta, en quien espero  
Cantar con voz tan entonada y viva,  
Que piensen que soy cisne, y que me muero.

## CAPITULO V.

Oyó el señor del húmido tridente  
Las plegarias de Apolo, y escuchólas  
Con alma tierna y corazón clemente.  
Hizo de ojo, y dió del pié á las olas,  
Y sin que lo entendiesen los poetas  
En un punto hasta el cielo levantólas.  
Y él por ocultas vías y secretas  
Se agazapó debajo del navio,  
Y usó con él de sus traidoras tretas.  
Hirió con el tridente en lo vacío  
Del buco, y el estómago le llena  
De un copioso corriente amargo río.  
Advertido el peligro, al aire suena  
Una confusa voz, la cual resulta  
De otras mil que el temor forma, y la pena.  
Poco á poco el bajel pobre se oculta  
En las entrañas del cerúleo y cano  
Ventre, que tantas ánimas sepulta.  
Suben los llantos por el aire vano  
De aquellos miserables, que suspiran  
Por ver su irreparable fin cercano.  
Trepan y suben por las jarcias, miran  
Cuál del navio es el lugar mas alto,  
Y en él muchos se apiñan y retiran.  
La confusión, el miedo, el sobresalto  
Les turba los sentidos, que imaginan  
Que desta á la otra vida es grande el salto.  
Con ningún medio ni remedio atinan;  
Pero creyendo dilatar su muerte,  
Algun tanto á nadar se determinan.  
Saltan muchos al mar de aquella suerte;  
Que al charco de la orilla saltan ranas  
Cuando el miedo ó el ruido las advierte.  
Hienden las olas del rompersq canas,  
Menudean las piernas y los brazos,

Aunque enfermos están, y ellas no sanas.  
Y en medio de tan grandes embarazos  
La vista ponen en la amada orilla,  
Deseosos de darla mil abrazos.  
Y sé yo bien, que la fatal cuadrilla  
Antes que allí, holgara de hallarse  
En el Compas famoso de Sevilla.  
Que no tienen por gusto el ahogarse,  
Discreta gente al parecer en esto;  
Pero valióles poco el esforzarse;  
Que el padre de las aguas echó el resto  
De su rigor, mostrándose en su carro  
Con rostro airado y ademan funesto.  
Cuatro dellines, cada cual bizarro,  
Con cuerdas hechas de tejidas ovas  
Le tiraban con furia y con desgarro.  
Las ninfas en sus húmidas alcobas  
Sienten tu rabia, ó vengativo nume,  
Y de sus rostros la color les robas.  
El nadante poeta que presume  
Llegar á la ribera defendida,  
Sus ayes pierde y su teson consume;  
Que su corta carrera es impedida  
De las agudas puntas del tridente,  
Entonces fiero y áspero homicida.  
Quien ha visto muchacho diligente  
Que en goloso á sí mismo sobrepuja,  
Que no hay comparacion mas conveniente,  
Picar en el sombrero la granuja,  
Que el hallazgo le puso allí ó la sisa,  
Con punta alfileresca, ó ya de aguja;  
Pues no con menor gana, ó menor prisa  
Poetas ensartaba el nume airado  
Con gusto infame, y con dudosa risa.  
En carro de cristal venía sentado,  
La barba luenga y llena de marisco,  
Con dos gruesas lampreas coronado.  
Hacían de sus barbas firme aprisco  
La almeja, el morsillon, pulpo y cangrejo,  
Cual le suelen hacer en peña ó risco.  
Era de aspecto venerable y viejo;  
De verde, azul y plata era el vestido,  
Robusto al parecer y de buen rejoy;  
Aunque como enojado, denegrido  
Se mostraba en el rostro; que la saña  
Así turba el color como el sentido.  
Airado contra aquellos mas se ensaña  
Que nadan mas, y sádeles al paso,  
Juzgando á gloria tan cobarde hazaña.  
En esto, ¡oh nuevo y milagroso caso,  
Dino de que se cuente poco á poco,  
Y con los versos de Torcato Taso!  
Hasta aquí no he invocado, ahora invoco  
Vuestro favor, ó musas, necesario  
Para los altos puntos en que toco.  
Descerrajad vuestro mas rico almarío,  
Y el aliento me dad que el caso pide,  
No humilde, no ratero ni ordinario.  
Las nubes hiende, el aire pisa y mide  
La hermosa Vénus Acidalia, y baja  
Del cielo, que ninguno se lo impide.  
Traía vestida de pardilla raja  
Una gran saya entera, hecha al uso,  
Que le dice muy bien, cuadra y encaja.  
Luto que por su Adónis se le puso,  
Luego que el gran colmillo del berraco  
A atravesar sus ingles se dispuso.  
A fe que si el mocito fuera Maco,  
Que él guardara la cara al colmilludo,  
Que dió á su vida y su belleza saco.  
O valiente garzon, mas que sesudo,  
¿Cómo estando avisado, tu mal tomas,  
Entrando en trance tan horrendo y crudo?  
En esto las mansísimas palomas  
Que el carro de la diosa conducían  
Por el llano del mar, y por las lomas,  
Por unas y otras partes discurren,  
Hasta que con Neptuno se encontraron,  
Que era lo que buscaban y querían.  
Los dioses que se ven, se respetaron,  
Y haciendo sus zalemas á lo moro,  
De verse juntos en extremo holgaron.

Guardáronse real grave decoro,  
Y procuró Ciprinia en aquel punto  
Mostrar de su belleza el gran tesoro.  
Ensanchó el verdugado, y dióle el punto  
Con ciertos puntapiés que fueron coces  
Para el dios que las vió y quedó difunto.  
Un poeta llamado DON QUINCOCES  
Andaba semivivo en las saladas  
Ondas, dando gemidos y no voces.  
Con todo dijo en mal articuladas  
Palabras: — O señora, la de Pafos,  
Y de las otras dos islas nombradas,  
Muévate á compasión el verme gafe  
De piés y manos, y que ya me ahogo,  
En otras linfas que las del Garrafo.  
Aquí será mi pira, aquí mi rogo,  
Aquí será QUINCOCES sepultado,  
Que tuvo en su crianza pedagogo. —  
Esto dijo el mezquino, esto escuchado  
Fué de la diosa con ternura tanta,  
Que volvió á componer el verdugado.  
Y luego en pié y piadosa se levanta,  
Y poniendo los ojos en el viejo,  
Desembudó la voz de la garganta.  
Y con cierto desden y sobrecejo,  
Entre enojada y grave y dulce, dijo  
Lo que al húmido dios tuvo perplejo.  
Y aunque no fué su razonar prolijo,  
Todavía le trujo á la memoria  
Hermano de quien era y de quien hijo.  
Representóle cuán pequeña gloria  
Era llevar de aquellos miserables  
El triunfo infausto y la cruel victoria.  
El dijo: — Si los hados inmutables  
No hubieran dado la fatal sentencia  
Destos en su ignorancia siempre estables,  
Una brizna no mas de tu presencia  
Que viera yo, bellísima señora,  
Fuera de mi rigor la resistencia.  
Mas ya no puede ser, que ya la hora  
Llegó donde mi blanda y mansa mano  
Ha de mostrar que es dura y vencedora.  
Que estos de proceder siempre inhumano,  
En sus versos han dicho cien mil veces:  
Azotando las aguas del mar cano.  
— Ni azotando, ni viejo me pareces,  
Replicó Vénus, — y él le dijo á ella:  
— Puesto que me enamoras, no enterneces;  
Que de tal modo la fatal estrella  
Influye destos tristes, que no puedo  
Dar felice despacho á tu querrela.  
Del querer de los hados solo un dedo  
No me puedo apartar, ya tú lo sabes,  
Ellos han de acabar, y ha de ser cedo.  
— Primero acabarás que los acabes,  
Le respondió madama, la que tiene  
De tantas voluntades puerta y llaves;  
Que aunque el hado feroz su muerte ordene,  
El modo no ha de ser á tu contento,  
Que muchas muertes el morir contiene. —  
Turbóse en esto el líquido elemento,  
De nuevo renovóse la tormenta,  
Sopló mas vivo y mas aprieta el viento.  
La hambrienta mesnada, y no sedienta,  
Se rinde al huracan recién venido,  
Y por mas no penar muere contenta.  
Oh raro caso y por jamas oído,  
Ni visto! Oh nuevas y admirables trazas  
De la gran reina obedecida en Gnido!  
En un instante el mar, de calabazas  
Se vió cuajado, algunas tan potentes,  
Que pasaban de dos y aun de tres brazas.  
También hinchados odres y valientes,  
Sin deshacer del mar la blanca espuma,  
Nadaban de mil talles diferentes.  
Esta trasmutacion fué hecha en suma  
Por Vénus de los lánguidos poetas,  
Porque Neptuno hundirlos no presuma.  
El cual le pidió á Febo sus saetas,  
Cuya arma arrojada desde aparte  
A Vénus defraudara de sus tretas.  
Negóselas Apolo; y veis do parte

Enojado el vejon con su tridente,  
Pensándolos pasar de parte á parte;  
Mas este se resbala, aquel no siente  
La herida, y dando esguince se desliza,  
Y él queda de la cólera impaciente.  
En esto Bóreas su furor atiza,  
Y lleva antecogida la manada,  
Que con la de los cerdos simboliza.  
Pidióselo la diosa aficionada  
A que vivan poetas zarabandos,  
De aquellos de la seta almidonada:  
De aquellos blancos, tiernos, dulces, blandos,  
De los que por momentos se dividen  
En varias setas y en contrarios bandos.  
Los contrapuestos vientos se comiden  
A complacer la bella rogadora,  
Y con un solo aliento la mar miden:  
Llevando la pira gruñidora,  
En calabazas y odres convertida,  
A los reinos contrarios del aurora.  
Desta dulce semilla referida,  
España, verdad cierta, tanto abunda,  
Que es por ella estimada y conocida.  
Que aunque en armas y en letras es fecunda  
Mas que cuantas provincias tiene el suelo,  
Su gusto en parte en tal semilla funda.  
Después desta mudanza que hizo el cielo,  
O Vénus, ó quien fuese, que no importa  
Guardar puntualidad como yo suelo,  
No veo calabaza, ó lengua ó corta,  
Que no imagine que es algun poeta  
Que allí se estrecha, encubre, encoge, acorta.  
Pues que cuando veo un cuero (¡oh mal discreta  
Y vana fantasía, así engañada,  
Que á tanta liviandad estas sujeta!)  
Pienso que el piezgo de la boca atada  
Es la faz del poeta, transformado  
En aquella figura mal hinchada.  
Y cuando encuentro algun poeta honrado,  
Digo, poeta firme y valedero,  
Hombre vestido bien y bien calzado,  
Luego se me figura ver un cuero,  
O alguna calabaza, y desta suerte  
Entre contrarios pensamientos muero;  
Y no sé si lo yerre, ó si lo acierte,  
En que á las calabazas y á los cueros,  
Y á los poetas trate de una suerte.  
Cermicalos que son lagartijeros  
No esperen de gozar las preeminencias  
Que gozan gavilanes no pecheros.  
Puestas en paz ya las diferencias  
De Delio, y los poetas transformados  
En tan vanas y huecas apariencias,  
Los mares y los vientos sosegados,  
Sumergióse Neptuno mal contento  
En sus palacios de cristal labrados.  
Las mansísimas aves por el viento  
Volaron, y á la bella Ciprinia  
Pusieron en su reino á salvamento.  
Y en señal que del triunfo quedó ufana,  
Lo que hasta allí nadie acabó con ella,  
Del luto se quitó la saboyana,  
Quedando en cueros tan briosa y bella,  
Que se supo después que Marte anduvo  
Todo aquel día y otros dos tras ella.  
Todo el cual tiempo el escuadron estuvo  
Mirando atento la fatal ruina,  
Que la canalla transformada tuvo.  
Y viendo despejada la marina,  
Apolo, del socorro mal venido,  
De dar fin al gran caso determina.  
Pero en aquel instante un gran ruido  
Se oyó, con que la turba se alborozó,  
Y pone vista alerta y presto oído.  
Y era quien le formaba una carroza  
Rica, sobre la cual venia sentado  
El grave DON LORENZO DE MENDOZA,  
De su felice ingenio acompañado,  
De su mucho valor y cortesía,  
Joyas inestimables, adornado.  
PEDRO JUAN DE REJAULE le seguía  
En otro coche, insigne valenciano

Y grande defensor de la poesía.  
Sentado viene á su derecha mano  
JUAN DE SOLIS, mancebo generoso,  
De raro ingenio, en verdes años cano.  
Y JUAN DE CARVAJAL, doctor famoso,  
Les hace tercío, y no por ser pesado  
Dejan de hacer su curso presuroso.  
Porque el divino ingenio al levantado  
Valor de aquestos tres que el coche encierra,  
No hay impedirle monte ni collado.  
Pasan volando la empinada sierra,  
Las nubes tocan, llegan casi al cielo,  
Y alegres pisan la famosa tierra.  
Con este mismo honroso y grave celo,  
BARTOLOMÉ DE MOLA Y GABRIEL LASO  
Llegaron á tocar del monte el suelo.  
Honra las altas cimas de Parnaso  
DON DIEGO, que de SILVA tiene el nombre,  
Y por ellas alegre tiende el paso.  
A cuyo ingenio y sin igual renombre  
Toda ciencia se inclina y le obedece,  
Y le levanta á sér mas que de hombre.  
Dilátanse las sombras, y deserece  
El día, y de la noche el negro manto  
Guarnecido de estrellas aparece.  
Y el escuadron que habia esperado tanto  
En pié, se rinde al sueño perezoso  
De hambre y sed, y de mortal quebranto.  
Apolo entónces poco luminoso,  
Dando hasta los antipodas un brinco,  
Siguió su accidental curso forzoso.  
Pero primero licenció á los cinco  
Poetas titulados á su ruego,  
Que lo pidieron con extraño ahinco,  
Por parecerles risa, burla y juego  
Empresas semejantes; y así Apolo  
Condescendió con sus deseos luego;  
Que es el galan de Dafne único y solo  
En usar cortesía sobre cuantos  
Descubre el nuestro y el contrario polo.  
Del lóbrego lugar de los espantos  
Sacó su hisopo el lánguido Morfeo,  
Con que ha rendido y embocado á tantos.  
Y del licor que dicen que es Leteo,  
Que mana de la fuente del Olvido,  
Los párpados bañó á todos arreo.  
El mas hambriento se quedó dormido:  
Dos cosas repugnantes, hambre y sueño,  
Privilegio á poetas concedido.  
Yo quedé en fin dormido como un leño,  
Llena la fantasía de mil cosas,  
Que de contallas mi palabra empeño,  
Por mas que sean en sí dificultosas.

## CAPITULO VI.

De una de tres causas los ensueños  
Se causan, ó los sueños, que este nombre  
Les dan los que del bien hablar son dueños.  
Primera, de las cosas de que el hombre  
Trata mas de ordinario: la segunda  
Quiere la medicina que se nombre,  
Del humor que en nosotros mas abunda:  
Toca en revelaciones la tercera,  
Que en nuestro bien mas que las dos' redundan.  
Dormí, y soñé, y el sueño la tercera  
Causa le dió principio suficiente  
A mezclar el habito y la dentera.  
Sueña el enfermo, á quien la fiebre ardiente  
Abrasa las entrañas, que en la boca  
Tiene de las que ha visto alguna fuente.  
Y el labio al fugitivo cristal toca,  
Y el dormido consuelo imaginado  
Crece el deseo, y no la sed apoca.  
Pelea el valentísimo soldado  
Dormido, casi al modo que despierto  
Se mostró en el combate fiero armado.  
Acude el tierno amante á su concierto,  
Y en la imaginacion dormido llega  
Sin padecer borrasca á dulce puerto.  
El corazon el avariento entrega  
En la mitad del sueño á su tesoro,  
Que el alma en todo tiempo no le niega.

Yo, que siempre guardé el comun decoro  
En las cosas dormidas y despiertas,  
Pues no soy troglodita ni soy moro;  
De par en par del alma abrí las puertas,  
Y dejé entrar al sueño por los ojos  
Con premisas de gloria y gusto ciertas.  
Gocé durmiendo cuatro mil despojos,  
Que los conté sin que faltase alguno,  
De gustos que acudieron á manojos.  
El tiempo, la ocasion, el oportuno  
Lugar correspondian al efeto,  
Juntos y por sí solo cada uno.  
Dos horas dormí, y mas á lo discreto,  
Sin que imaginaciones ni pavores  
El cerebro tuviesen inquieto.  
La suelta fantasía entre mil flores  
Me puso de un pradillo, que exhalaba  
De Panicaya y Sabea los olores.  
El agradable sitio se llevaba  
Tras sí la vista, que durmiendo, viva,  
Mucho mas que despierta se mostraba.  
Palpable vi, mas no sé si lo escriba,  
Que á las cosas que tienen de imposibles  
Siempre mi pluma se ha mostrado esquivo.  
Las que tienen vislumbre de posibles,  
De dulces, de suaves y de ciertas  
Explican mis borrones apacibles.  
Nunca á disparidad abre las puertas  
Mi corto ingenio, y hállalas contino  
De par en par la consonancia abiertas.  
¿Cómo puede agradar un desatino  
Si no es que de propósito se hace,  
Mostrándole el donaire su camino?  
Que entónces la mentira satisface  
Cuando verdad parece, y está escrita  
Con gracia que al discreto y simple aplace.  
Digo, volviendo al cuento, que infuuta  
Gente vi discurrir por aquel llano,  
Con algazara placentera y grita:  
Con hábito decente y cortésano  
Algunos, á quien dió la hipocresía  
Vestido pobre, pero limpio y sano.  
Otros de la color que tiene el día  
Cuando la luz primera se aparece  
Entre las trenzas de la aurora fria.  
La variada primavera ofrece  
De sus varias colores la abundancia,  
Con que á la vista el gusto alegre crece.  
La prodigalidad, la exorbitancia  
Campean juntas por el verde prado  
Con galas que descubren su ignorancia.  
En un trono del suelo levantado  
(Do el arte á la materia se adelanta,  
Puesto que de oro y de marfil labrado)  
Una doncella vi, desde la planta  
Del pié hasta la cabeza así adornada,  
Que el verla admira, y el oír la encanta.  
Estaba en él con majestad sentada,  
Giganta al parecer en la estatura,  
Pero aunque grande, bien proporcionada.  
Parecia mayor su hermosura  
Mirada desde léjos, y no tanto  
Si de cerca se ve su compostura:  
Lleno de admiracion, colmo de espanto,  
Puse en ella los ojos, y vi en ella  
Lo que en mis versos desmayados canto.  
Yo no sabré afirmar si era doncella,  
Aunque he dicho que sí, que en estos casos  
La vista mas aguda se atropella.  
Son por la mayor parte siempre escasos  
De razon los juicios maliciosos  
En juzgar rotos los enteros vasos.  
Altaneros sus ojos y amorosos  
Se mostraban con cierta mansedumbre,  
Que los hacia en todo extremo hermosos.  
Ora fuese artificio, ora costumbre,  
Los rayos de su luz tal vez crecian,  
Y tal vez daban encogida lumbre.  
Dos ninfas á sus lados asistian,  
De tan gentil donaire y apariencia,  
Que miradas, las almas suspendian.  
De la del alto trono en la presencia

Desplegaban sus labios en razones,  
Ricas en suavidad, pobres en ciencia.  
Levantaban al cielo sus blasones,  
Que estaban por ser pocos ó ningunos,  
Escritos del olvido en los borrones.  
Al dulce murmurar, al oportuno  
Razonar de las dos, la del asiento,  
Que en belleza jamas le igualó alguno,  
Luego se puso en pié, y en un momento  
Me pareció que dió con la cabeza  
Mas allá de las nubes, y no miento:  
Y no perdió por esto su belleza,  
Antes mientras mas grande, se mostraba  
Igual su perfeccion á su grandeza:  
Los brazos de tal modo dilataba,  
Que de do nace adonde muere el día  
Los opuestos extremos alcanzaba.  
La enfermedad llamada hidropesía  
Así le hincha el vientre, que parece  
Que todo el mar caber en él podía.  
Al modo destas partes así crece  
Toda su compostura; y no por esto,  
Cual dije, su hermosura desfallece.  
Yo atónito esperaba ver el resto  
De tan grande prodigio, y diera un dedo  
Por saber la verdad segura, y presto.  
Uno, y no sabré quien, bien claro y quedo  
Al oído me habló, y me dijo:— Espera,  
Que yo decirte lo que quieres puedo.  
Esta que ves, que crece de manera,  
Que apenas tiene ya lugar do quepa,  
Y aspira en la grandeza á ser primera;  
Esta que por las nubes sube y trepa  
Hasta llegar al cerco de la luna  
(Puesto que el modo de subir no sepa),  
Es la que confiada en su fortuna  
Piensa tener de la inconstante rueda  
El eje quedo y sin mudanza alguna.  
Esta que no halla mal que le suceda,  
Ni le teme atrevida y arrogante,  
Pródiga siempre, venturosa y leda,  
Es la que con disinio extravagante  
Dió en crecer poco á poco hasta ponerse,  
Cual ves, en estatura de gigante.  
No deja de crecer por no atreverse  
A emprender las hazañas mas notables,  
Adonde puedan sus extremos verse.  
¿No has oido decir los memorables  
Arcos, anfiteatros, templos, baños,  
Termas, pórticos, muros admirables,  
Que á pesar y despecho de los años,  
Aun duran sus reliquias y entereza,  
Haciendo al tiempo y á la muerte engaños?  
Yo respondí:— Por mí ninguna pieza  
Desas que has dicho, dejo de tenella  
Clavada y remachada en la cabeza.  
Tengo el sepulcro de la viuda bella,  
Y el coloso de Ródas allí junto,  
Y la lanterna que sirvió de estrella.  
Pero vengamos de quien es al punto  
Esta, que lo deseo.— Haráse luego,—  
Me respondió la voz en bajo punto.  
Y prosiguió, diciendo:— A no estar ciego  
Hubieras visto ya quien es la dama;  
Pero en fin, tienes el ingenio lego.  
Esta que hasta los cielos se encarama,  
Preñada, sin saber cómo, del viento,  
Es hija del Deseo y de la Fama.  
Esta fué la ocasion y el instrumento  
En todo y parte de que el mundo viesse  
No siete maravillas, sino ciento.  
Corto número es ciento: aunque dijese  
Cien mil y mas millones, no imagines  
Que en la cuenta del número excediese.  
Esta condujo á memorables fines  
Edificios que asientan en la tierra,  
Y tocan de las nubes los confines.  
Esta tal vez ha levantado guerra,  
Donde la paz suave reposaba,  
Que en limites estrechos no se encierra.  
Cuando Mucio en las llamas abrasaba  
El atrevido fuerte brazo y fiero,

Esta el incendio horrible resfriaba.  
Esta arrojó al romano caballero  
En el abismo de la ardiente cueva,  
De limpio armado, y de luciente acero.  
Esta tal vez con maravilla nueva  
(De su ambiciosa condicion llevada)  
Mil imposibles atrevida prueba.  
Desde la ardiente Libia hasta la helada  
Citiá lleva la fama su memoria,  
En grandiosas obras dilatada.  
En fin, ella es la altiva Vanagloria,  
Que en aquellas hazañas se entremete,  
Que llevan de los siglos la vitoria.  
Ella misma á sí misma se promete  
Triunfos y gustos, sin tener asida  
A la calva Ocasión por el copete.  
Su natural sustento, su bebida,  
Es aire, y así crece en un instante  
Tanto, que no hay medida á su medida.  
Aquellas dos del plácido semblante  
Que tiene á sus dos lados, son aquellas  
Que sirven á la máquina de Atlante.  
Su delicada voz, sus luces bellas,  
Su humildad aparente, y las lozanas  
Razones, que el amor se cifra en ellas,  
Las hacen mas divinas que no humanas,  
Y son (con paz escucha y con paciencia)  
La Adulacion y la Mentira hermanas.  
Estas están continuo en su presencia,  
Palabras ministrándole al oído,  
Que tienen de prudentes apariencia.  
Y ella cual ciega del mejor sentido,  
No ve que entre las flores de aquel gusto,  
El áspid ponzoñoso está escondido.  
Y así arrojada con deseo injusto,  
En cristalino vaso prueba y bebe  
El veneno mortal, sin ningun susto.  
Quien mas presume de advertido, pruebe  
A dejarse adular, verá cuán presto  
Pasa su gloria como el viento leve.—  
Esto escuché, y en escuchando aquesto,  
Dió un estampido tal la Gloria vana,  
Que dió á mi sueño fin dulce y molesto.  
Y en esto descubrióse la mañana,  
Vertiendo perlas y esparciendo flores,  
Lozana en vista, y en virtud lozana.  
Los dulces pequeñuelos ruisenores  
Con cantos no aprendidos le decian,  
Enamorados della, mil amores.  
Los silgueros el canto repetian,  
Y las diestras calandrias entonaban  
La música que todos componian.  
Unos del escuadron priesa se daban,  
Porque no los hallase el dios del día  
En los forzosos actos en que estaban.  
Y luego se asomó su señoría,  
Con una cara de tudesco roja,  
Por los balcones de la aurora fria.  
En parte gorda, en parte flaca y floja,  
Como quien teme el esperado trance,  
Donde verse vencido se le antoja.  
En propio toledano y buen romance  
Les dió los buenos dias cortesmente,  
Y luego se aprestó al forzoso lance.  
Y encima de un peñasco puesto enfrente  
Del escuadron, con voz sonora y grave  
Esta oracion les hizo de repente:  
— ¡Oh espíritus felices, donde cabe  
La gala del decir, la sutileza  
De la ciencia mas docta que se sabe;  
Donde en su propia natural belleza  
Asiste la hermosa poesía  
Entera de los piés á la cabeza!  
No consintais por vida vuestra y mia  
(Mirad con qué llaneza Apolo os habla),  
Que triunfe esta canalla que porfia.  
Esta canalla, digo, que se endiaba,  
Que por darles calor su muchedumbre,  
Ya su ruina, ó ya la nuestra entabla.  
Vosotros de mis ojos gloria y lumbré,  
Faroles do mi luz de asiento mora,  
Ya por naturaleza, ó por costumbre

¿Habeis de consentir que esta embaidora,  
Hipócrita gentalla se me atreva,  
De tantas necedades inventora?  
Haced famosa y memorable prueba  
De vuestro gran valor en este hecho,  
Que á su castigo y vuestra gloria os lleva.  
De justa indignacion armad el pecho,  
Acometed intrépidos la turba,  
Ociosa, vagamunda y sin provecho.  
No se os dé nada, no se os dé una burba  
(Moneda berberisca, vil y baja)  
De aquesta gente, que la paz nos turba.  
El son de mas de una templada caja,  
Y el del píparo triste y la trompeta,  
Que la colera sube, y flema abaja,  
Así os incite con virtud secreta,  
Que despierte los ánimos dormidos  
En la facion que tanto nos aprieta.  
Ya retumba, ya llega á mis oídos  
Del escuadron contrario el rumor grande,  
Formado de confusos alaridos.  
Ya es menester, sin que os lo ruegue ó mande,  
Que cada cual como guerrero experto,  
Sin que por su capricho se desmande;  
La órden guarde y militar concierto,  
Y acuda á su deber como valiente  
Hasta quedar, ó vencedor, ó muerto.  
En esto por la parte de poniente  
Pareció el escuadron casi infinito  
De la bárbara, ciega y pobre gente.  
Alzan los nuestros al momento un grito  
Alegre, y no medroso; y gritan, arma:  
Arma resuena todo aquel distrito;  
Y aunque mueran, correr quieren al arma.

## CAPITULO VII.

Tú, beligerá musa, tú, que tienes  
La voz de bronce y de metal la lengua,  
Cuando á cantar del fiero Marte vienes:  
Tú, por quien se aniquila siempre y mengua  
El gran género humano: tú, que puedes  
Sacar mi pluma de ignorancia y mengua:  
Tú, mano rota, y larga de mercedes,  
Digo en hacellas; una aquí te pido,  
Que no hará que ménos rica quedés.  
La soberbia y maldad, el atrevido  
Intento de una gente mal mirada  
Ya se descubre con mortal ruido.  
Dame una voz al caso acomodada,  
Una sutil y bien cortada pluma,  
No de aficion ni de pasión llevada,  
Para que pueda referir en suma  
Con purísimo y nuevo sentimiento,  
Con verdad clara y entereza suma,  
El contrapuesto y desigual intento  
De uno y otro escuadron, que ardiendo en ira,  
Sus banderas descoge al vago viento.  
El del bando católico, que mira  
Al falso y grande al pié del monte puesto,  
Que de subir al alta cumbre aspira;  
Con paso largo y ademán compuesto,  
Todo el monte coronan, y se ponen  
A la furia, que en loca ha echado el resto.  
Las ventajas tantean, y disponen  
Los ánimos valientes al asalto,  
En quien su gloria y su venganza ponen.  
De rabia lleno y de paciencia falto  
Apolo, su bellissimo estandarte  
Mandó al momento levantar en alto.  
Arboló un marques, que el propio Marte  
Su briosa presencia representa  
Naturalmente, sin industria y arte.  
Poeta celebrísimo y de cuenta,  
Por quien y en quien Apolo soberano  
Su gloria y gusto, y su valor aumenta.  
Era la insinia un cisne hermoso y cano,  
Tan al vivo pintado, que dijeras,  
La voz despidie alegre al aire vano;  
Siguen al estandarte sus banderas  
De gallardos alféreces llevadas,  
Honrosas por no estar todas enteras;  
Las cajas á lo bélico templadas

Al milite mas tardo vuelven presto,  
De voces de metal acompañadas.  
JERÓNIMO DE MONA llegó en esto,  
Pintor excelentísimo y poeta,  
Apéles y Virgilio en un supuesto.  
Y con la autoridad de una jineta  
(Que de ser capitán le daba nombre)  
Al caso acude y á la turba aprieta.  
Y porque mas se turbe y mas se asombre  
El enemigo desigual y fiero,  
Llegó el gran BIEDMA de inmortal renombre.  
Y con él GASPARD DE AVILA, primero  
Secuaz de Apolo, á cuyo verso y pluma  
Iciar puede envidiar, temer Sincero.  
Llegó JUAN DE MEZTANZA, cifra y suma  
De tanta erudicion, donaire y gala,  
Que no hay muerte ni edad que la consuma.  
Apolo le arrancó de Guatimala,  
Y le trujo en su ayuda para ofensa  
De la canalla en todo extremo mala.  
Hacer milagros en el trance piensa  
CEPEDA, y acompañale MEJIA,  
Poetas dinos de alabanza inmensa.  
Clarísimo esplendor de Andalucia,  
Y de la Mancha el sin igual GALINDO  
Llegó con majestad y bizarría.  
De la alta cumbre del famoso Pindo  
Bajaron tres bizarros lusitanos,  
A quien mis alabanzas todas rindo.  
Con prestos piés y con valientes manos  
Con FERNANDO CORREA DE LA CERDA,  
Pisó RODRIGUEZ LOBO monte y llanos.  
Y porque Febo su razon no pierda,  
El grande DON ANTONIO DE ATAIDE  
Llegó con furia alborotada y cuerda.  
Las fuerzas del contrario ajusta y mide  
Con las suyas Apolo, y determina  
Dar la batalla, y la batalla pide.  
El ronco son de mas de una bocina,  
Instrumento de caza y de la guerra,  
De Febo á los oídos se avecina.  
Tiembra debajo de los piés la tierra  
De infinitos poetas oprimida,  
Que dan asalto á la sagrada sierra.  
El fiero general de la atrevida  
Gente, que trae un cuervo en su estandarte,  
Es ARBOLANCHES, muso por la vida.  
Puestos estaban en la baja parte,  
Y en la cima del monte frente á frente  
Los campos de quien tiembra el mismo Marte:  
Cuando una, al parecer discreta gente,  
Del católico bando al enemigo  
Se pasó, como en número de veinte.  
Yo con los ojos su carrera sigo,  
Y viendo el paradero de su intento,  
Con voz turbada al sacro Apolo digo:  
— ¿Qué prodigio es aqueste? ¿Qué portento?  
O por mejor decir, ¿qué mal agüero,  
Que así me corta el brio y el aliento?  
Aquel transfuga que partió primero,  
No solo por poeta le tenia,  
Pero tambien por bravo churrullero.  
Aquel lijero que tras él corria,  
En mil corrillos en Madrid le he visto  
Tiernamente hablar en la poesía.  
Aquel tercero que partió tan listo,  
Por satírico, necio y por pesado  
Sé que de todos fué siempre malquisto.  
No puedo imaginar cómo ha llevado  
Mercurio estos poetas en su lista.  
— Yo fui, respondió Apolo, el engañado;  
Que de su ingenio la primera vista  
Indicios descubrió que serian buenos  
Para facilitar esta conquista.  
— Señor, repliqué yo, créi que ajenos  
Eran de las deidades los engaños,  
Digo, engañarse en poco mas ni ménos.—  
La prudencia que nace de los años,  
Y tiene por maestra la experiencia,  
Es la deidad que advierte destes daños.  
Apolo respondió:— Por mi conciencia,  
Que no te entiendo,— algo turbado y triste